

gado, y esto le hizo quedar tan tranquilo como si realmente hubiese muerto.

Al anochecer del día en que libró á Cosette de las garras de los Thenardier entró en París con la niña, por la barrera de Monceaux. Allí subió en un coche de alquiler, que les llevó hasta la esplanada del Observatorio. Bajó, pagó al cochero, tomó á Cosette de la mano y ambos se dirigieron, en medio de la oscuridad de la noche, hácia el boulevard del Hospital, por las calles más desiertas.

Aquel día fué extraño y lleno de emociones para Cosette. Comieron pan y queso detrás de los vallados del camino, que compraron en bodegones aislados; cambiaron de carruaje muchas veces y andaron á pié varios trozos del camino. Aunque no se quejaba la niña, estaba cansada, y Juan Valjean advirtió por su mano que Cosette tiraba de él para andar; entonces la tomó en brazos; la niña, sin soltar á Catalina, inclinó la cabeza sobre el hombro de Juan Valjean y se quedó dormida.

LIBRO CUARTO.

La casucha de Gorbeau.

I.

Maese Gorbeau.

Hace cuarenta años, el paseante solitario que se internaba en los barrios perdidos de la Salpetriere y subía por la alameda hasta la puerta de Italia, llegaba á sitios donde hubiera podido decirse que París desaparecía.

En dichos sitios no reinaba la soledad, porque había transeuntes; no se estaba en el campo, porque había calles y casas; no se podía decir que era la capital, pues las calles tenían baches como las carreteras y la yerba nacía en ellas. Qué eran, pues? una prolongación de la gran ciudad, una calle de París, más pavorosa de noche que un bosque y más melancólica de día que un cementerio. Eran aquellos sitios el antiguo barrio del Mercado de Caballos.

Se aventuraba en latitudes desconocidas el paseante que iba más allá de los cuatro muros caducos de dicho Mercado si pasaba de la calle del Petit-Baugnier, después de dejar á su derecha un corral cercado de altas tapias y un prado en el

que se elevaban montones de casca de tenería, parecidos á covachas gigantes-cas de castores, y una cerca llena de pilas de madera de construcción, junto á montones de troncos, aserraduras y virutas; y encontraba una pared baja y ruinoso con una puertecita negra, cubierta de musgo, que se llenaba de flores en la primavera, y en la parte más desierta un edificio decrepito, en cuya fachada estaba escrito con letras grandes: SE PROHIBE FIJAR CARTELES, y llegaba por fin al ángulo de la calle de Vignes-Saint-Marcel.

Allí, cerca de una fábrica y entre dos tapias de jardín, había en aquel tiempo una casucha que á primera vista parecía pequeña como una choza, pero que, sin embargo, era grande como una catedral. Por la vía pública se veía solo un lado de ella, y de esto provenía su aparente exigüidad. Casi todo el edificio estaba oculto; solo presentaba una puerta y una ventana descubiertas.

Esta casucha no tenía más que un piso. Al examinarlas, el detalle que chocaba desde luego era que la puerta no pudo servir nunca más que para puerta de un tabuco, mientras que la ventana, si hubiese sido de sillería en vez de ser de piedra bruta, hubiera podido servir de ventana á un palacio.

La puerta era un conjunto de tablas carcomidas, toscamente unidas con travesaños parecidos á pedazos de leño mal igualados. Se abría sobre una escalera áspera de escalones altos, llenos de lodo, de yeso y de polvo, de la misma anchura que la puerta, y que desde la calle se veían empinarse como una escala y desaparecer en la oscuridad entre dos paredes. La parte alta de la abertura informe que constituía dicha puerta cubrirla una tablilla estrecha, en medio de la que habían aserrado un agujero triangular, que servía á la vez de tragaluz y de postiguillo cuando la puerta estaba cerrada. Por la parte de dentro de la puerta, un pincel mojado en tinta había trazado el número 52, y por encima, el mismo pincel había borrajado el número 50; de modo que no se sabía el número cierto de la casa. La parte superior vería que era el 50 y la inferior que era el 52. Algunos trapos de color de polvo pendían, como cortinas, del postiguillo triangular.

La ventana era ancha, bastante elevada, provista de persianas y de hojas con cristales grandes; pero éstos tenían varias heridas ocultas y descubiertas á

un mismo tiempo por ingenioso vendaje de papel; y las persianas, dislocadas y desencajadas, más amenazaban á los transeuntes que resguardaban á los inquilinos. Faltaban aquí y allá tabletas horizontales, y las habían reemplazado con tablas clavadas perpendicularmente, de modo que empezaban por persiana y acababan por postigo.

La puerta, que tenía aspecto inmundo, y la ventana, que lo tenía decente, aunque estaba deteriorada, vistas en la misma casa, producían el mismo efecto que dos mendigos desiguales que fuesen juntos, andando uno al lado de otro, aspectos diferentes y cubriéndose con los mismos andrajos, de los que uno hubiera sido siempre pordiosero y otro hubiese sido hidalgo.

La escalera conducía á un cuerpo del edificio vastísimo, semejante á un cobertizo convertido en casa. Dicho edificio tenía por tubo intestinal un largo corredor, sobre el que se abrían á derecha é izquierda aposentos ó compartimientos de varias dimensiones, apenas habitables, más semejantes á covachas que á celdas. Estos cuartos recibían la luz de los terrenos baldíos de los alrededores. Todos eran oscuros, incómodos, melancólicos, y atravesaban por ellos, según tenían rendijas en el techo ó en la puerta, rayos fríos ó corrientes heladas. La particularidad interesante y pintoresca de esa clase de habitaciones consiste en la enormidad de sus arañas.

A la izquierda de la puerta de entrada, en el boulevard, á la altura de un hombre, un tragaluz tapiado dejaba un nicho cuadrado que estaba siempre lleno de piedras, que los muchachos arrojaban al pasar por allí.

Una parte de dicho edificio fué demolida hace poco, pero por lo que hoy queda aun puede juzgarse todavía cómo fué. El total, en su conjunto, apenas tiene un siglo. Cien años indican juventud en una iglesia y vejez en una casa. Parece que la habitación del hombre participe de la brevedad de su vida y la habitación de Dios de la eternidad del creador.

Los carteros conocían esta casucha por los números 50 y 52 y en el barrio por la casa de Gorbeau.

Explicuemos por qué la llamaban así.

Los colectores de hechos de poca importancia, que recogen anécdotas y que fijan en la memoria las fechas fugaces, saben que había en París en el siglo anterior, hácia 1770, dos procuradores en

el Chatelet, que uno se llamaba Cuervo y el otro Zorro; dos apellidos previstos por el fabulista Lafontaine. Esta rara circunstancia sirvió de diversión á la gente de golilla, é inmediatamente corrieron por los pasillos del tribunal los siguientes conocidos versos:

*De un proceso en la rama,
muy ufano y contento,
ejecutoria en pico
estaba el señor Cuervo.
Del olor atraído
un zorro muy maestro, etc. (1)*

Los honrados curiales, molestados por los epigramas y heridos en su vanidad por las burlas de que eran objeto, resolvieron desembarazarse de sus apellidos, y con este propósito se dirigieron al rey. Presentaron la súplica á Luis XV en el momento en que, arrodillados dos altos personajes, calzaba cada uno una zapatilla á la Dubarry, que acababa de salir del lecho, á presencia de su majestad. El rey, que reía, continuó riendo al oír la petición de los procuradores y les permitió que desfigurasen sus apellidos; permitió á maese Corbeau (*Cuervo*) que convirtiese la C en G, y que se llamase Gorbeau, y dió licencia á maese Renard (*Zorro*) para que pusiera una P antes de la R y se llamase Prenard.

Según la tradición local, maese Gorbeau fué el propietario del edificio números 50 y 52 del boulevard del Hospital y el autor de la ventana monumental. Por eso era conocida por la casa de Gorbeau.

Frente á dicho edificio descollaba entre las plantaciones del boulevard un olmo grande y casi seco; junto á él empezaba la calle de la Carrera de los Gobelinos, calle entonces sin casas ni empedrado, fangosa, plantada de árboles mezquinos, y que salía á la muralla que entonces rodeaba á París. De los tejados de una fábrica inmediata salían bocanadas de humo que despedían olor de caparrosa.

La barrera estaba muy cerca de allí. En 1823 el muro del recinto de París existía aun.

La barrera traía á la memoria ideas funestas; era el camino de Bicetre. Durante la Restauración y durante el Imperio, por allí volvían á entrar en París los condenados á muerte el día de la ejecución. Allí, en 1829, se cometió el misterioso asesinato llamado de la "barrera de Fontainebleau", cuyos autores no

(1) Fábula de Lafontaine, traducida por Samaniego.

pudo descubrir la justicia. Algunos pasos más allá se encuentra la calle fatal de Croulebarbe, en la que Ulbach dió de puñaladas á la cabrera de Jory en una noche de tempestad y de truenos, como en un melodrama. Más adelante se llega á los abominables olmos descabezados de la barrera de Saint-Jacques, expediente que adoptaron los filántropos para ocultar el cadalso.

Hace treinta y siete años, como hoy, prescindiendo de la plaza de Saint-Jacques, el sitio más triste del boulevard era el punto en que estaba construida la casa números 50 y 52.

Las casas de la clase media no empezaron á edificarse allí hasta veinticinco años despues. El sitio era lúgubre; por las ideas fúnebres que despertaba, el transeunte conocía que se hallaba entre la Salpetriere, cuya cúpula veía, y entre Bicetre, cuya barrera casi tocaba; esto es, entre la locura de la mujer y la locura del hombre. Por lejos que allí se quisiera extender la vista, solo se veían los mataderos, el muro de circunvalacion, raras fachadas de fábricas parecidas á cuarteles ó á monasterios; por todas partes casuchas de yeso, paredes negras como mortajas ó blancas como sudarios; por todas partes filas de árboles tirados á cordel, construcciones uniformes, largas líneas frias, la tristeza lúgubre de los ángulos rectos, sin que interrumpiese esta monotonía ni un accidente del terreno, ni un capricho de la arquitectura. Se veía un conjunto glacial, regular, antipático. Oprime al corazon la simetría, y es que la simetría es el fastidio, y el fastidio es el fondo mismo del desconsuelo. La desesperacion bosteza. Se puede soñar algo más terrible que el infierno, donde se padece, y es el infierno donde el condenado se aburre. Si semejante infierno existiese, el boulevard del Hospital hubiera podido ser su avenida. Sobre todo al caer la noche, cuando se apaga la claridad del dia, aquel boulevard era espantoso. Las líneas negras se internaban y se perdían en las tinieblas como si fueran infinitas, y al pasar se recordaban las innumerables tradiciones patibularias de aquel sitio. Era horrible la soledad de un barrio en el que tantos crímenes se habian cometido. De dia su conjunto era desagradable, en el crepúsculo lúgubre, de noche siniestro.

El barrio, que parecía más aviejado que antiguo, desde aquella época propendía ya á transformarse, y de dia en dia iba desapareciendo algun detalle de

aquel conjunto. Desde hace veinte años la estacion del ferro-carril de Orleans está al lado de dicho arrabal viejo, é influye en su situacion, produce la muerte del arrabal y el nacimiento de una ciudad. Parece que alrededor de los grandes centros de los movimientos de los pueblos, al pasar las poderosas máquinas, al soplar los monstruosos caballos de la civilizacion, que comen carbon y que vomitan fuego, la tierra, llena de gérmenes, tiembla y se abre para absorber las antiguas moradas de los hombres y dejar salir á las modernas.

Desde que la estacion del ferro-carril de Orleans invadió los terrenos de la Salpetriere, se bambolean las antiguas y estrechas calles inmediatas á los Fosos de San Victor y al Jardin Botánico, al ver que las atraviesan violentamente tres ó cuatro veces cada dia las diligencias, los coches y los ómnibus. Son evidentes allí los síntomas de una vida nueva. Empiezan á empedrarse las calles de aquel barrio provinciano y anticuado, y las aceras comienzan á asomar y á prolongarse hasta los sitios por los que antes no pasaba nadie. Una mañana memorable, en Julio de 1845, vieron allí humear de pronto las negras calderas del asfalto, y entonces pudieron decir que aquel dia llegó la civilizacion á la calle de Ourcine y que Paris habia entrado en el arrabal de San Marcelo.

II.

Nido para buho y curruca.

Juan Valjean se paró á la puerta de la casa de Gorbeau. Como las aves bravías, eligió aquel sitio desierto para hacer el nido.

Del bolsillo del chaleco sacó una especie de llave maestra; abrió la puerta, entró, la cerró luego con cuidado y subió la escalera llevando en brazos á Cosette.

Al llegar á lo alto de la escalera sacó otra llave con la que abrió otra puerta. El cuarto donde entró, y que volvió á cerrar en seguida, era un desvan bastante espacioso; contenía una mesa, sillas y un colchon en el suelo. Había en un rincon una estufa encendida. El farol de reverbero del boulevard alumbraba vagamente este pobre cuarto. Enfrente de la puerta había un gabinete y en él una cama de tijera. Juan Valjean dejó á la niña en ella sin despertarla.

Encendió una vela de sebo, que estaba preparada sobre la mesa, y como el

III.

Dos desgracias entrelazadas producen felicidad.

Al dia siguiente, al amanecer, se situó otra vez Juan Valjean junto al lecho de Cosette; esperaba inmóvil que despertase. Su alma se abría á un sentimiento nuevo para él.

Juan Valjean no habia amado nunca. Hacia ya veinticinco años que estaba solo en el mundo. Nunca fué padre, amante, esposo, ni amigo. En presidio fué malo, sombrío, casto, ignorante y feroz, pero el corazon del presidiario estaba lleno de virginidad. Su hermana y los hijos de su hermana solo le dejaron recuerdo vago y lejano, que concluyó por desvanecerse y borrarse. Hizo todos los esfuerzos posibles por volver á encontrarlos, no lo consiguió y acabó por olvidarlos. Así es la naturaleza humana. Si sintió tiernas emociones en la juventud, no guardaba ya memoria de ellas.

Cuando vió á Cosette, la acogió y la libertó, sintió que se estremecían sus entrañas; todo lo que encerraban de afecto y de pasion se despertó en él y se concentró en esa niña. Se acercaba á la cama, donde estaba durmiendo, palpitante de alegría; sentía arranques de madre, sin poder explicárselo, porque es incomprendible y tierno el extraño movimiento del corazon que empieza á amar. ¡Su corazon era viejo y joven al mismo tiempo!

Pero como tenia cincuenta y cinco años y Cosette ocho, todo el amor que era capaz de sentir se fundió en una especie de claridad inefable. Esta niña era para él la segunda aparicion pura. El obispo hizo brillar en su horizonte la aurora de la virtud, y Cosette hacia brillar en su cielo el alba del amor.

Cosette, sin saberlo, se volvía otra. Era tan pequeña cuando la dejó en casa los Thenardier su pobre madre, que no la recordaba. Como todos los niños, semejantes al retoño de la vid, que se agarra á todo, intentó amar, pero no pudo conseguirlo. Todos la rechazaban: los Thenardier, sus hijas y los demás niños. Había querido á un perro, pero el perro se murió; despues ya no quiso nada ni á nadie. Lúgubre cosa es decir que á los ocho años tenia el corazon frio, pero no era culpa suya; no le faltaba la facultad de amar, sino la posibilidad. Por eso desde el primer dia que vió á Juan Valjean le quiso con todas las facultades

dia anterior, se puso á contemplar á Cosette con ojos estáticos, en los que la expresion de la bondad y de la ternura llegaba hasta el extravío. La niña, con la confianza tranquila que solo es peculiar de la fuerza extrema y de la extrema debilidad, se durmió sin saber con quién estaba y continuaba durmiendo sin saber dónde se encontraba.

Juan Valjean se inclinó y besó la mano de la niña. Nueve meses atrás besó tambien la mano de la madre, que tambien acababa de dormirse. Tenia el corazon lleno del mismo sentimiento religioso y punzante.

Arrodillóse junto á la cama de Cosette.

Era completamente de dia y la niña dormía aun. Pálido rayo del sol de Diciembre penetraba por la ventana del desvan, esparciendo por el techo destellos de luz y de sombra. De pronto la carreta de un cantero, muy cargada, que pasaba por la calzada del boulevard, conmovió el caseron, como lo hubiera hecho un prolongado trueno, y tembló todo el edificio.

—Sí, señora! gritó Cosette despertándose sobresaltada. Ya voy! ya voy!

Diciendo esto se arrojó de la cama, con los ojos medio cerrados y extendiendo los brazos hácia el rincon de la pared.

—Dios mio! dónde está la escoba?

Abrió completamente los ojos y se encontró con el semblante risueño de Juan Valjean.

—Calla! es verdad! exclamó la niña. Buenos dias, señor.

Los niños aceptan en seguida y familiarmente la alegría y la felicidad, porque ellos mismos son la felicidad y la alegría.

Cosette vió á Catalina á los piés de su cama; la tomó, y mientras jugaba con ella, hacia á Juan Valjean las siguientes preguntas:

—Dónde estoy? Es grande Paris? ¿Estaba muy lejos de allí la señora Thenardier? Volveria á verla? etc. etc.

De pronto exclamó, paseando la vista por el desvan:

—Qué bonito es esto!...

Era un horrible zaquizamí, pero ella se veía libre.

—Tengo que barrer? preguntó.

—No, juega, la contestó Juan Valjean.

Así se pasó el dia. Cosette sin inquietud; no comprendía lo que la pasaba, pero se consideraba enteramente feliz entre su muñeca y aquel buen señor.

de su alma. Estaba contenta como jamás lo estuvo.

El buen hombre no le parecía ya ni viejo ni pobre. Creía que Juan Valjean era hermoso, lo mismo que le parecía lindo el desvan: estos son los efectos de la aurora, de la niñez, de la juventud y de la alegría. La novedad de la localidad y de la vida contribuye también á ellos en cierto modo. Es encantador el reflejo que colorea la dicha en un granero. Todos hemos tenido en nuestro pasado nuestro granero azul.

La naturaleza y cincuenta años de intervalo habían establecido separación profunda entre Juan Valjean y Cosette; pero esta separación la hizo desaparecer el destino. El destino unió y enlazó bruscamente, con su irresistible poder, dos existencias desarraigadas, distintas por la edad y parecidas por la desgracia, y la una completaba á la otra. El instinto de Cosette buscaba un padre, como el instinto de Juan Valjean buscaba una hija. En cuanto se encontraron se entendieron, y la mano de uno y de otra se soldaron en el momento misterioso de tocarse. Cuando las dos almas se vieron, se reconocieron necesarias la una á la otra y se abrazaron tiernamente.

Tomando las palabras en un sentido más comprensible y más absoluto, pudiera decirse que, separados de todos por las paredes de la tumba, Juan Valjean era el viudo y Cosette la huérfana.

La situación de ambos convirtió á Juan Valjean en padre ideal de Cosette. Verdaderamente la impresión misteriosa que produjo á la niña en el fondo del bosque de Chelles la mano de Juan Valjean estrechando la suya no fué una ilusión, fué una realidad.

El expresidiario escogió bien su asilo. Estaba allí con seguridad completa al parecer. El cuarto con gabinete que ocupaban él y Cosette era el de la ventana que caía al boulevard. Como la casa no tenía más que esta ventana, no era de temer que los vecinos mirasen ni por un lado ni por otro.

El piso bajo de dicho edificio, especie de tejadillo derruido, servía de cochera á los hortelanos y no se comunicaba con el primero. Lo separaba de éste el techo, que no tenía ni trampa ni escalera, y era como el diafragma de la casa. El primer piso contenía, como ya dijimos, muchos cuartos y algunos desvanes, y solo una vieja ocupaba uno de éstos, cuya vieja cuidaba de la habitación de Juan Valjean. Los demás estaban inhabita-

dos. Esta vieja, que se llamaba la *inquilina principal*, pero que en realidad desempeñaba las funciones de portera, alquiló la habitación á Juan Valjean el día de Navidad. Se presentó á ella como un rentista arruinado por los bonos de España, que iba á vivir allí con su nieta. Pagó seis meses anticipados y encargó á la vieja que amueblase el cuarto y el gabinete como hemos visto. Esta buena mujer encendió la estufa y lo preparó todo para el día de su llegada.

Las semanas iban pasando y el viejo y la niña veían transcurrir en el desvan días felices.

Desde el amanecer Cosette reía, charlaba y cantaba. Los niños, como los pájaros, tienen su canto matinal.

Sucedía algunas veces que Juan Valjean cogía á la niña las manitas llenas de sabañones y se las besaba. Cosette, acostumbrada solo á los golpes, no sabía lo que aquello significaba y se retiraba avergonzada.

Había momentos en que se quedaba seria y pensativa contemplando su traje negro y comprendiendo que ya no llevaba harapos y que iba vestida de luto, que salía de la miseria y que entraba en la vida.

Juan Valjean se dedicó á enseñarla á leer. A veces, cuando hacía que Cosette deletreara, recordaba que él aprendió en presidio á leer con la idea de causar daño, y esta idea se volvía del revés enseñando á leer á una niña, y cuando esto pensaba el expresidiario sonreía con la sonrisa pensativa de los ángeles. Veía en este suceso una premeditación de las alturas, una voluntad superior á la del hombre, y se perdía en hondas meditaciones.

Los buenos pensamientos tienen sus abismos como los malos.

A enseñar á leer á Cosette y dejarla jugar se reducía entonces la vida de Juan Valjean, además de hablarla de su madre y hacerla rezar. La niña le llamaba *padre*; ni siquiera sabía cómo se llamaba.

Este pasaba las horas viendo cómo vestía y desnudaba á la muñeca y oyéndola canturrear. A la sazón le parecía la vida llena de interés, y los hombres buenos y justos; no reprochaba nada á nadie y no encontraba motivo para no llegar á edad muy avanzada, teniendo á aquella niña que le quería.

Veía que Cosette alumbraba su porvenir con brillante claridad. Los hombres mejores no están exentos de algun pensamiento egoísta, y había momentos en

los que Juan Valjean veía con satisfacción que Cosette sería fea.

Opinamos (y esto solo es una opinión personal) que en la situación á que llegó Juan Valjean cuando empezó á querer á Cosette, no se nos ha probado que no tuviese necesidad de este refuerzo para perseverar en el bien. Acababa de ver bajo nuevos aspectos la maldad de los hombres y la miseria de la sociedad; aspectos incompletos y que solo presentaban fatalmente un lado de la verdad: el de la suerte de la mujer, reasumida en Fantina, y el de la autoridad pública, personificada en Javert: había vuelto al presidio esta vez por haber obrado bien; por eso había devorado nuevas amarguras, y el cansancio y el disgusto de la vida se apoderaban de él: hasta el recuerdo del obispo llegó á eclipsarse un momento en su memoria, si bien luego se le apareció otra vez más luminoso y triunfante; pero lo cierto es que llegó á borrar en él. ¡Quién sabe si Juan Valjean estaba próximo á desanimarse y á sufrir otra caída! Pero amó y volvió á ser fuerte. No estuvo menos vacilante que Cosette. El la protegió, pero ella le dió fortaleza. Gracias á él, Cosette pudo marchar por la senda de la vida; gracias á ella, él pudo continuar por el camino de la virtud; fué el sosten de la niña, y la niña fué su punto de apoyo. ¡Misterio divino é insondable es el de los equilibrios del destino!

IV.

Observaciones de la *inquilina principal*.

Juan Valjean adoptó la precaución de no salir de día. Todas las tardes, al oscurecer, paseaba una ó dos horas, unas veces solo y otras con Cosette, buscando las calles de árboles más solitarias de los boulevares y entrando en las iglesias al anoecer. Iba con preferencia á San Medardo, que era la iglesia más inmediata. Cuando no llevaba á Cosette ésta se quedaba con la vieja, pero la niña tenía más gusto de salir con él. Prefería pasar una hora con Juan Valjean á todas sus conversaciones con Catalina. Juan Valjean la llevaba siempre de la mano, hablándola cariñosamente. Así es que Cosette estaba muy contenta.

La vieja cuidaba de la casa y de la cocina y traía las provisiones.

Vivían sóbriamente; tenían siempre fuego en la estufa, pero llevaban la vida de las personas de escasos recursos. No

habían aumentado los pocos muebles que describimos; solo hizo Juan Valjean que reemplazaran la puerta vidriera del gabinete de Cosette con una puerta de madera. El continuaba vistiendo el leviton de color de ocre, el calzón negro y el sombrero viejo. En las calles creían que era un pordiosero. A veces, mujeres caritativas le daban limosna. Juan Valjean la recibía y les daba las gracias. En otras ocasiones encontraba algún mendigo pidiendo; entonces volvía la cabeza para ver si álguien le observaba, se acercaba furtivamente al mendicante y le ponía en la mano una moneda, algunas veces de plata, y se alejaba de él con rapidez; pero esto tenía sus inconvenientes, porque en el barrio empezaban á llamarle *el mendigo que dá limosna*.

La *inquilina principal*, vieja ceñuda, que examinaba al prógimo con la atención que ponen en él los envidiosos, espiaba á Juan Valjean, sin que éste lo sospechase. Era algo sorda, pero muy charlatana. No le quedaban más que dos dientes, uno arriba y otro abajo, y tropezaba el uno con el otro. Hizo mil preguntas á Cosette, pero como ésta nada sabía, solo pudo decirle que venían de Montfermeil. Una mañana, que estaba acechando, vió entrar con extraño aspecto á Juan Valjean en uno de los desvanes deshabitados de la casucha. Siguióle de puntillas y observó, sin ser vista, por las rendijas de la puerta. Juan Valjean, sin duda por precaución, daba las espaldas á la puerta. La vieja le vió meter la mano en el bolsillo y sacar de él un estuche, hilo y tijeras; despues vió que descosía uno de los faldones del leviton y que sacó de la abertura un pedazo de papel amarillento, que desdobló. La vieja conoció con asombro que era un billete de mil francos. Era el segundo ó el tercero que veía desde que estaba en el mundo y echó á huir espantada.

Poco despues Juan Valjean fué á buscarla y le suplicó que fuese á cambiar el susodicho billete de mil francos, diciéndola que era el semestre de su renta que había cobrado el día anterior. —¿En dónde? pensó para sí la vieja. No salió de casa hasta las seis de la tarde y la Caja del gobierno no está abierta hasta esa hora. La vieja fué á cambiar el billete, haciendo mil conjeturas. Este billete, comentado y multiplicado, produjo infinidad de murmuraciones entre las comadres de la calle de las Vignes-Saint-Marcel.

Algunos días después, mientras Juan Valjean, en mangas de camisa, estaba aserrando madera en el corredor, la vieja, arreglando su habitación, se encontró sola, pues Cosette estaba presenciando la operación de su padre, y vio el leviton colgado de un clavo y lo escudriñó. El forro estaba ya cosido, pero la vieja lo palpó y le pareció que entre el forro y el paño había papeles doblados. ¡Sin duda otros billetes de mil francos! Notó además que había en los bolsillos otras varias cosas, no solo las agujas, las tijeras y el hilo, que había visto, sino una cartera abultada, un cuchillo grande y muchas pelucas de diferentes colores; cada bolsillo del leviton contenía distintos objetos, como si le hubiesen de servir para acontecimientos imprevistos. Los habitantes de la casucha llegaron en esta situación á los últimos días del invierno.

V.

Quando cae al suelo una moneda de cinco francos hace ruido.

Cerca de San Medardo un pobre se sentaba sobre el brocal de un pozo de vecindad cegado, y á este mendigo daba limosna con frecuencia Juan Valjean. Ninguna vez pasaba por allí sin que le diese, y había ocasiones en que conversaba con él. Los envidiosos del mendigo decían que éste pertenecía á la policía. Era un viejecillo de setenta y cinco años, que había sido pertiguero y que siempre estaba rezando.

Una noche que Juan Valjean, solo, sin llevar á Cosette, pasaba por donde estaba el mendigo, le vio en su sitio de costumbre, debajo del farol, que acababan de encender. Parecía que rezaba encorvado. Juan Valjean se le acercó y le puso en la mano la limosna. El pordiosero levantó la vista con rapidez, mirándole con fijeza; después bajó la cabeza con prontitud. Este movimiento fué como un relámpago que estremeció á Juan Valjean: le pareció que acababa de entrever, á la luz del farol, no la fisonomía del viejo pertiguero, sino otra espantosa y conocida. Le hizo la impresión que le hubiera producido encontrarse de pronto en la oscuridad con un tigre. Retrocedió aterrado y petrificado, no atreviéndose á respirar ni á hablar, ni á quedarse, ni á huir, contemplando al mendigo, que tenía la cabeza baja y tapada y que parecía ignorar que estu-

viere él aun allí. Entonces un instinto, tal vez el misterioso instinto de la conservación, hizo que Juan Valjean no le hablara. El mendigo tenía la misma estatura, los mismos harapos y la misma apariencia que todos los días.—Bah! se dijo á sí mismo Juan Valjean; estoy loco, sueño; es imposible! Entró en casa profundamente turbado. Apenas se atrevía á confesarse á sí mismo que la cara que creyó ver era la de Javert.

Pensando más y más en este suceso, le sabía mal no haber hablado á aquel hombre para obligarle á levantar la cabeza por segunda vez.

Al anochecer del día siguiente volvió y vio al mendigo en su sitio.—Dios os guarde, buen hombre, le dijo resueltamente Juan Valjean, dándole limosna. El pordiosero levantó la cabeza y respondió con voz doliente:—Muchas gracias.

Era realmente el viejo pertiguero.

Juan Valjean se tranquilizó, echándose á reír.—¿De dónde diablos pudo ocurrírseme que este hombre pudiera ser Javert? Vaya! he visto visiones.—No pensó ya más en esto.

Algunos días después, á las ocho de la noche estaba en su cuarto haciendo delectar á Cosette en voz alta, cuando oyó abrir y después cerrar la puerta de la casucha. Estó le pareció extraño. La vieja, que era la única persona que vivía en el caseron, se acostaba siempre muy temprano para ahorrarse encender luz. Juan Valjean hizo señas á Cosette para que callara. Oyó que subían la escalera: podía ser la vieja que estuviese enferma y hubiera ido á la botica. Juan Valjean escuchó. Los pasos eran pesados y parecían de hombre, pero la vieja gastaba zapatos gruesos. Sin embargo, Juan Valjean apagó la luz. Hizo que se acostase Cosette, diciéndola en voz baja:—“Acuéstate muy quedito.” Mientras la besaba en la frente, cesó el ruido de pasos.

Juan Valjean permaneció en silencio, inmóvil, de espaldas á la puerta, sentado donde estaba y conteniendo la respiración. Al cabo de algún tiempo, no oyendo ya nada, volvió la cabeza sin hacer ruido, y al alzar la vista á la puerta de su cuarto vio luz por el ojo de la llave. Dicha luz trazaba una especie de estrella siniestra en la parte oscura de la puerta y de la pared. Indudablemente había allí alguien con una luz en la mano que estaba escuchando.

Transcurridos algunos minutos desapareció la luz, pero no se oyó ruido de

pasos, lo que parecía indicar que el que escuchaba á la puerta se habría quitado los zapatos.

Juan Valjean, vestido, se echó en la cama, pero en toda la noche pudo cerrar los ojos.

Al amanecer, cuando la fatiga llegó á adormecerle, lo despertó el ruido de una puerta que se abría en alguna boardilla del fondo del corredor, y oyó después los mismos pasos de hombre que en la noche anterior sonaron en la escalera. Dichos pasos se acercaban. Se levantó de la cama y aplicó un ojo á la cerradura, que era bastante grande, esperando ver pasar al hombre que se introdujo la vispera en la casucha. En efecto, este hombre pasó sin detenerse por delante del cuarto de Juan Valjean. El corredor estaba aun muy oscuro y no pudo distinguir su rostro; pero cuando el hombre llegó á la escalera hizo resaltar su perfil un rayo de luz de la parte de fuera, y Juan Valjean le vio de espaldas completamente. Era de alta estatura, vestía largo leviton y llevaba un bastón debajo del brazo. Era la facha formidable de Javert.

Juan Valjean hubiera podido verle bien por la ventana que caía al boulevard, pero para esto era preciso abrirla y no se atrevió. Aquel hombre tenía, pues, llave de la casucha y entraba en ella como en su casa, ¿Quién se la daría? ¿qué significaba esto?

A las siete de la mañana, cuando la vieja entró á arreglar el cuarto, Juan Valjean la lanzó una mirada penetrante, pero no la interrogó.

Encontró como siempre á la buena mujer.

Esta, mientras barria, le preguntó:

—¿El señor habrá oído quizás entrar un hombre esta noche?

En aquella época, y en el boulevard, á las ocho de la noche era ya muy tarde.

—Es verdad, contestó con acento natural; á propósito, ¿quién era?

—Un nuevo inquilino que ha entrado en casa, le contestó la vieja.

—¿Cómo se llama?

—Dumont ó Daumot, no lo sé á punto fijo.

—Y qué es ese señor Dumont?

Mirándole la vieja con sus ojillos de raposa, le dijo:

—Un rentista como vos.

Tal vez estas palabras no envolvían segunda intención, pero Juan Valjean creyó que sí.

Quando se retiró la vieja, éste hizo un

rollo de unos cien francos que tenía en un armario y se lo guardó en el bolsillo. Aunque los tomó con precaución para que no oyesen remover el dinero, se le escapó de las manos una moneda de cinco francos y rodó por el piso haciendo ruido.

Al anochecer bajó y examinó el boulevard por todas partes y no vio á nadie. Parecía desierto. Es verdad que cualquiera podía ocultarse detrás de los árboles.

Volvió á subir á su habitación.

—Ven, dijo á Cosette.

La cogió de la mano y salieron los dos de la casucha.

LIBRO QUINTO.

A caza de espera, jauría muda.

I.

Los zig-zags de la estrategia.

Debemos hacer aquí una observación necesaria para poder comprender las páginas que van á leerse y otras que se leerán más tarde.

Hace muchos años que el autor de esta obra está ausente de Paris, y se vé en la precisión de ocuparse de dicha ciudad; desde que la abandonó se ha transformado, surgiendo de ella una nueva población que él desconoce hasta cierto punto. No necesita decir que está encariñado con Paris: Paris es la ciudad natal de su espíritu. A consecuencia de las demoliciones y de las reconstrucciones, el Paris de su juventud, que religiosamente conserva en la memoria, es ya el Paris antiguo; permítasele, pues, hablar de él como si existiese aun. Es muy posible que en los puntos adonde conducirá al lector, al decir: “En tal calle hay tal casa,” no exista ya tal casa ni tal calle.

Los lectores comprobarán sus citas si quieren tomarse ese trabajo. Como el autor desconoce el nuevo Paris, escribe teniendo á la vista el Paris antiguo, como ante hermosa ilusión. Es un consuelo para él soñar que deja en pos de sí algo de lo que veía cuando estaba en su país, y no todo en éste ha desaparecido. Mientras uno vive en su país natal cree que le son indiferentes las calles; que las ventanas, las puertas y los teja-